EL ESTÓMAGO Y EL FILETE

Erase una vez.... un niño que había nacido con un estómago muy pequeño, mucho más pequeño de lo que es normal en todos los niños pequeños. Los médicos estaban asombrados y los papás del niño muy preocupados. ¿Qué hacer para salvar y ayudar a crecer esta preciosa vida? Los médicos y los papás se pusieron de acuerdo en una fórmula complicada pero sencilla: había que alimentar al niño muchas veces al día, pero con cantidades muy pequeñas de alimento y lo más ligero y líquido posible.

Los papás, dispuestos a hacer lo que fuera por la vida de su pequeño, pusieron en práctica lo acordado y el método dio resultado. Alimentaban a su hijo con pequeñas cantidades de papillas y alimentos triturados, los más suaves posibles, y el niño no solo seguía viviendo, sino que además iba creciendo. Bueno, no crecía como los demás niños, él era bajito y flaco, pero vivía, reía y jugaba como todos los niños.

Fueron pasando los años y el niño, aunque seguía alimentándose de papillas muchas veces al día, hacía una vida como todos los niños: iba al colegio, corría, jugaba y había aprendido a manejar muy bien el computador. Seguía siendo muy bajito y flaco, pero su estómago también se había desarrollado un poco.

Cuando iba a cumplir los once años, los médicos les dijeron a los papás que el estómago del niño ya estaba preparado para comerse un buen filete. Todos lloraban de alegría, les parecía imposible, no se lo podían creer. Había que celebrarlo. Los papás y toda la familia organizaron una gran fiesta e invitaron a todos los amigos, para celebrar juntos el día en que el niño iba a comer, por primera vez en su vida, un buen filete.

Y llegó el día, y lo celebraron por todo lo alto. Se pusieron todos sus mejores vestidos; se reunieron en torno a una mesa suculenta, llena de manjares y buenos vinos; había flores y música, y un montón de regalos para el niño, que vestido con un traje especial, se iba a comer, por primera vez, un buen filete. Todos estaban contentos, llenos de emoción y de alegría, y la fiesta fue un éxito.

Pero pasada la fiesta, los días y las semanas siguientes, el niño se siguió alimentando de las papillas de siempre. Era más fácil para los papás y para todos seguir las costumbres de siempre. ¿Acaso el niño no había podido seguir viviendo con las papillas? ¿Para qué había que cambiar las cosas y complicarse la vida preparando pescados y carnes? Y el niño, efectivamente, siguió viviendo, pero nunca creció y siguió siendo bajito y muy flaco. Y colorín, colorado...

(José Luis Fernández. de Valderrama, MSps)